CARTA SEGUNDA

MONTMIRAIL.—MONTMORT.—ÉPERNAY

Montmirail.—*Nos patriam fugimos, nos dulcia linquimos arva.*—Campo de batalla de Montmirail.—Puesta de sol.—Napoleón desaparecido.—El viajero habla de los olmos.—El castillo de Montmort.—De como el viajero deslumbra á la señorita Juanita.—Viaje nocturno entre los bosques.—Epernay.—Las tres iglesias; Teobaldo I, Pedro Strozzi, Poterlet-Galichet.—Odry aparece en lo alto de la iglesia de Épernay.—De como el viajero prefiere contemplar amapolas y mariposas que un millón quinientas mil botellas de vino de Champaña.—Pilogenes y Fiotrix.—En Montmirail, el viajero observa un huevo fresco.—De qué se reían en el siglo XVI.

En la Ferté-sous-Jouarre alquilé la primera calesa que se me ofreció, enterándome nada más que de dos cosas: ¿conoce el camino, y son buenas las ruedas? Y marché á Montmirail. En esta pequeña ciudad no hay más que un fresquísimo paisaje á la entrada de dos hermosas avenidas de árboles. Lo demás, exceptuando el castillo, es un confuso montón de casuchas.

El lunes, á cosa de las cinco de la tarde, salí de Montmirail, dirigiéndome hacia la carretera de Sezanne á Épernay. Una hora después estaba en Vaux-Champs, y atravesaba el famoso campo de batalla. Un momento antes de llegar allí, encontré en la carretera una carreta caprichosamente cargada. Tiraban de

ella un borrico y un caballo. En el carruaje cacerolas, calderas, baúles viejos, sillas de paja, un montón de muebles; delante, en una especie de cesta, tres niños casi desnudos; detrás, en otra cesta, algunos pollos. Por conductor un hombre de blusa, á pie, llevando un niño á la espalda. A algunos pasos una mujer, andando también y llevando también un niño, pero en su vientre. Todo aquel traslado se apresuraba hacia Montmirail, como si fuera á principiar la gran batalla de 1814.—Sí, decía entre mí, hace veinticinco años debíanse encontrar carretas así.—Me informé; no era un traslado, sino una expatriación. No iban á Montmirail, sino á América. No huían de una batalla, sino de la miseria. En dos palabras, querido amigo, era una familia de pobres campesinos emigrantes, á quienes se promete algunas tierras en el Ohío y que se van de su país sin imaginar que Virgilio ha hecho sobre ellos los más bellos versos del mundo hace dos mil años.

Por lo demás, aquellas buenas gentes se marchaban con perfecta indiferencia. El hombre ponía nueva mecha á la fusta. La mujer canturreaba; los niños jugaban. Sólo los muebles tenían un no sé qué de triste y desorientado que daba pena. Hasta los pollos me pareció que tenían el sentimiento de su desgracia.

Aquella indiferencia me sorprendió. Yo creía verdaderamente que la patria estaba más grabada en los hombres. A aquellas gentes les es completamente igual no ver los mismos árboles.

Yo les seguí por algún tiempo con los ojos. ¿A dónde iba aquel grupito dando tumbos y tropezones? ¿A dónde voy yo mismo? La carretera dobló un recodo y desaparecieron. Oí por algún tiempo la fusta del hombre y el canto de la mujer, y luego se desvaneció todo.

Algunos minutos después me hallaba en las gloriosas llanuras que vieron al emperador. El sol iba al ocaso. Los árboles proyectaban largas sombras. Los surcos, trazados ya aquí y allá, tomaban un color rubio. Una bruma azul ascendía del fondo de las cañadas. La campiña estaba desierta. Sólo se veían á lo lejos dos ó tres rejas olvidadas que tenían el aspecto de grandes langostas. A mi izquierda había una cantera de piedras de afilar. Grandes muelas ya terminadas y redondas, las unas blancas y nuevas, las otras viejas y negras, yacían en confusión por tierra, de pie, tendidas, en rimeros, como las piezas de un enorme tablero de damas revuelto. En efecto, unos gigantes habían jugado allí una gran partida.

Importábame en gran manera ver el castillo de Montmort; así es que á cuatro leguas de Montmirail, en Formentières ó Armentières, doblé bruscamente á la izquierda, y tomé por la carretera de Epernay. Hay allí diez y seis grandes olmos lo más divertidos del mundo, que inclinan sobre la carretera sus ceñudas líneas y sus desgreñadas cabelleras. Los olmos son una de mis distracciones de viaje. Cada olmo vale la pena de ser visto aparte. Todos los demás árboles son sosos y se parecen entre sí; sólo los olmos tienen imaginación y se burlan de su vecino, bamboleándose cuando se inclina, flacos cuando es copudo, y por la noche haciendo toda suerte de visajes á los transeuntes. Los olmos jóvenes tienen un follaje que brota en todos sentidos, como un fuego artificial que estalla. Desde la Ferté hasta el sitio en donde se encuentran esos diez y seis olmos, la carretera sólo está bordeada aquí y allá de chopos, de álamos blancos y de nogales, lo que me daba cierto mal humor.

El país es llano, la llanura se extiende hasta perderse de vista. De pronto, saliendo de un grupo de árboles, percíbese á la derecha, como escondido en parte entre un repliegue del terreno, una deliciosa

barahunda de torrecillas, veletas, piñones, lumbreras y chimeneas. Es el castillo de Montmort.

Mi cabriolé se para y yo echo pie á tierra ante la puerta del castillo. Es una exquisita fortaleza del siglo XVI, construída de ladrillo, con techos de pizarra y veletas labradas, con su doble recinto, su doble foso, su puente de tres arcos que conduce al puente levadizo, su aldea á sus pies y á su alrededor un admirable paisaje, un horizonte de siete leguas. Excepto las aberturas, que han sido modificadas casi todas, el edificio está bien conservado. La torre de ingreso contiene, una en torno de otra, una escalera de caracol y una rampa para los caballos. Abajo hay todavía una vieja puerta de hierro, y subiendo, en las troneras de la torre, conté cuatro pequeñas culebrinas del siglo XV. La guarnición de la fortaleza se componía por el momento de una anciana sirvienta, la señora Juanita, que me acogió muy amablemente. De los departamentos del interior sólo queda la cocina, una hermosa estancia abovedada con gran chimenea; el viejo salón, en el que han puesto un billar, y un lindo gabinetito cubierto de doradas tablas, cuyo techo tiene por rosetón una cifra ingeniosamente ensortijada. El viejo salón es una magnífica pieza. El techo de artesones pintados, dorados y esculpidos está intacto todavía. La chimenea, coronada por nobilísimas estatuas, es del más hermoso estilo Enrique III. Las paredes estaban cubiertas antes con vastas tapicerías que representaban retratos de familia. Cuando la revolución, algunas personas de talento de la vecina aldea arrancaron aquellos tapices y los quemaron, lo cual fué un golpe de muerte para el feudalismo. El propietario actual ha reemplazado aquellos tapices por grabados antiguos representando vistas de Roma y batallas del gran Condé, pegados con engrudo á la pared. Visto lo cual, dí treinta sueldos á la señora Juanita,

que me pareció deslumbrada por mi magnificencia.

Y luego contemplé los patos y las gallinas en los fosos del castillo, y me marché.

Al salir de Montmort,—á donde se llega por el camino más horrible del mundo, sea dicho de paso,—encontré la mala que ha debido llevaros mi carta anterior, y á la que encargué, amigo mío, toda clase de buenos recuerdos para vos.

La carretera se hundió en un bosque en el momento de caer la noche, y ya no he visto nada más hasta Epernay, como no sean algunas cabañas de carboneros que humeaban á través de las ramas. La roja garganta de una lejana fragua se me aparecía por momentos; el viento agitaba en el borde de la carretera la viva silueta de los árboles; y sobre mi cabeza, en el cielo, el espléndido Carro proseguía su viaje en medio de las estrellas, mientras mi pobre patache seguía el suyo á través de los guijarros.

Epernay es la ciudad del vino de Champaña. Ni más, ni menos.

Tres iglesias hanse sucedido en Epernay. La primera, una iglesia románica, construída en 1037 por Teobaldo I, conde de Champaña, hijo de Eudes II. La segunda, una iglesia del renacimiento, construída en 1540 por Pedro Strozzi, mariscal de Francia, señor de Epernay, muerto en el sitio de Thionville, en 1558. La tercera, la iglesia actual, me hace el efecto de haber sido construída según los diseños del señor Poterlet Galichet, un buen comerciante cuya tienda y nombre se codean con la iglesia. Las tres iglesias me parecen admirablemente pintadas y resumidas por estos tres nombres: Teobaldo I, conde de Champaña; Pedro Strozzi, mariscal de Francia; y Poterlet Galichet, droguero.

Es bastante que os diga que la última, la iglesia actual, es una antipática construcción de yeso, sosa,

blanca y pesada, con triglifos que sostienen los arranques de las archivoltas. Nada queda de la segunda, como no sean unas hermosas vidrieras y una exquisita portada. Una de esas vidrieras cuenta la historia de Noé de la manera más candorosa. Vidrieras y portada están, se sobrentiende, empotradas y englobadas en el feo revoque de la iglesia nueva. Me ha parecido ver á Odry con su pantalón blanco demasiado corto, sus medias azules y su enorme cuello de camisa, llevando el casco y la coraza de Francisco I.

Han querido conducirme aquí á ver la curiosidad del país, una gran bodega que contiene un millón quinientas mil botellas. Por el camino he encontrado un campo de nabos silvestres en flor con amapolas y mariposas y un hermoso rayo de sol. Allí me quedé. La gran bodega podrá pasarse sin mi visita.

La pomada para hacer crecer el pelo, que se llama en la Ferté PILOGENES, se denomina en Epernay PHYOTHRIX, *importación griega*.

A propósito; en Montmirail, el hotel de la Posta me ha hecho pagar por cuatro huevos dos francos, lo que me ha parecido un poco fuerte.

Olvidaba deciros que Teobaldo I fué enterrado en su iglesia y Strozzi en la suya. Yo reclamo en la iglesia actual una tumba para M. Poterlet-Galichet.

El tal Strozzi era un valiente. Brisquet, bufón de Enrique II, se divirtió un día en untarle de grasa, por detrás y en plena corte, una magnífica capa nueva que el mariscal estrenaba aquel día. La cosa parece que hizo reir mucho, pues Strozzi se vengó cruelmente. Por mi parte, ni me hubiera reído, ni me hubiera vengado. ¡Manchar con tocino una capa de terciopelo! Jamás me ha deslumbrado esta broma del renacimiento.

CARTA TERCERA

CHALONS.—SANTA MENEHOULD.—VARENNES

El viajero hace su entrada en Varennes.—Plaza en donde Luis XVI fué detenido.—Lo que se cuenta en el país.—Cómo se llamaba el hombre que en 1791 tenía el alma de Judas.—Comparaciones siniestras.—Los lugares tienen á veces la forma de los acontecimientos.—Varennes está cerca de Reims.—La posada del *Gran Monarca*.—Lo que dice la muestra.—Lo que dice el posadero.—La iglesia de Varennes.—Lo que se encuentra en los paisajes de Champaña.—Chalons.—La catedral.—Nuestra Señora.—El vigía.—El viajero dice algunas cosas muy expuestas á propósito de un muchacho muy feo que está en un campanario.—Las demás iglesias de Chalons.—El palacio municipal.—Cuáles son los animales sentados delante de la fachada.—Nuestra Señora de la Espina.—El pozo milagroso.—Familiaridad del telégrafo con Nuestra Señora.—Una tempestad.—Santa Menehould.—Bellezas épicas de la cocina del *Hotel de Metz*.—El pájaro dormido.—Elogio de las mujeres á propósito de las posadas.—Paisajes.—Himno á la Champaña.